

JUAN CARLOS LOZANO LÓPEZ

El cenotafio de Goya en Zaragoza, un monumento parlante



Museo de Zaragoza
Zaragoza, 24 de noviembre de 2021

Esta colección pretende poner al alcance de todos los interesados en la historia de Zaragoza, las conferencias que se han impartido en las diferentes convocatorias del ciclo “Goya y Zaragoza”, manteniendo el texto original. Colección “Goya y Zaragoza”, número 3.

Edita: Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis
Ayuntamiento de Zaragoza

© Juan Carlos Lozano López

Imprime: Litocian

1ª edición, Zaragoza, diciembre 2022

Depósito Legal: Z-1809/2022



Siempre resulta un ejercicio muy saludable pasear y, en algún momento, detenerse a contemplar lo que sucede a nuestro alrededor. Observar lo que hacen nuestros semejantes, cómo se comportan y relacionan entre sí, pero también con el entorno, con la ciudad y sus monumentos... Detengámonos pues un momento y contemplemos.

Salvo algún turista interesado o algún niño inquieto, ese elemento urbano con aspecto de “buzón de piedra” situado en la plaza del Pilar, frente a la Lonja, pasa casi completamente desapercibido para la mayoría de los viandantes. Sin duda, tiene mucha competencia a su alrededor y, aunque está elevado sobre dos pedestales—como si se aupara para parecer más alto y hacerse más visible—, los edificios que lo rodean y las magnitudes de la plaza lo empuñan. Solo la cercanía del monumento a Goya diseñado por Federico Marés y sus figuras de majos y majas, sobre todo tras la remodelación realizada por el arquitecto Ricardo Usón, lo escalan y parecen acogerlo. Sin embargo, Goya, entre ausente y altivo sobre su pedestal, rehúye su visión y mira hacia otro lado, seguramente porque a nadie—ni siquiera a las estatuas— les gusta contemplar su propia tumba.

Porque, efectivamente, ese ahora discreto hito escultórico urbano, como ustedes ya saben, fue en origen el monumento funerario que señalaba al exterior la presencia de la tumba de Goya en el cementerio de la Grande Chartreuse de Burdeos, aunque se haya convertido en un cenotafio (etimológicamente “sepulcro vacío”), es decir, según dice la Real Academia Española de la Lengua, un monumento funerario en el cual no está el cadáver del personaje al que se dedica. El cenotafio tiene por tanto una función conmemorativa, para recordar, honrar y homenajear a una persona o un grupo de personas fallecidas cuyos restos descansan en otro lugar.



Nuestro cenotafio tiene forma cilíndrica y un aspecto algo sobrio, y responde en lo fundamental a las características del llamado estilo Imperio, dentro del neoclasicismo tardío, que mantuvo su vigencia más allá del 1814, año de la abdicación de Napoleón. Estuvo rematado en origen por una cruz, ahora perdida, y rodeado por una verja de hierro, tal como puede observarse en algunas pinturas y grabados. Sus elementos decorativos más destacados son una cornisa horizontal a modo de corona laureada, unos rostros plorantes situados en la parte superior al modo de las antefijas (ornamentos arquitectónicos que se colocaban en la parte inferior de las tejas de las cubiertas de los edificios griegos, etruscos y romanos), unos huecos rectangulares apaisados que no estaban en origen, y cuatro antorchas invertidas (símbolo funerario pagano al que el cristianismo aportó un significado soteriológico o salvífico: la vida después de la muerte). Estas antorchas flanquean otros tantos rectángulos reservados para sendas placas (de diferentes materiales) que contienen inscripciones. Y precisamente en esas inscripciones nos vamos a detener ahora, pues nos van a permitir reconstruir, en buena medida, la interesante historia que este monumento esconde. Una historia que conecta Burdeos, Madrid y Zaragoza, y que tiene todavía algunas zonas oscuras y algunos enigmas por resolver.

Cronológicamente, la inscripción más antigua, enmarcada por una moldura doblada, reza lo siguiente: “SEPULTURA / DE LA FAMILIA / DE / GOICOECHEA”, y nos informa de que nuestro monumento se colocó inicialmente (con toda probabilidad en 1825) para señalar la presencia de un enterramiento de la familia Goicoechea. Sabemos que dicho enterramiento se situaba en una concesión de terreno del cementerio de Burdeos hecha en ese mismo año a la familia Muguiro. Los Goicoechea y los Muguiro, linajes ambos de origen navarro, formaban parte de la nutrida colonia de exiliados españoles en esa ciudad francesa, eran también parte del círculo de amistades de Goya en la ciudad y, como veremos, tenían lazos familiares. Juan Bautista de Muguiro, de profesión banquero y expatriado seguramente por los servicios que había prestado al rey José I Bonaparte, trabajó también para Francisco Javier, el hijo de Goya; el artista le pintó y dedicó en señal de amistad un soberbio retrato (Museo del Prado), íntimo y de aire romántico, en mayo de 1827, un año antes de morir (de



hecho, para muchos especialistas se trataría del último retrato que realizó). Un hermano de Juan Bautista Muguiro, José Francisco, casó con Manuela Goicoechea, hija del comerciante navarro Martín Miguel de Goicoechea (Alsasua, Navarra, 1775–Burdeos, 1825), que también era padre de Gumersinda, la mujer de Francisco Javier Goya. Por tanto, Juan Bautista Muguiro, Martín Miguel de Goicoechea y Francisco de Goya, además de amigos, estaban emparentados. Pero el vínculo familiar no termina aquí, pues Leocadia Zorrilla, compañera de Goya ya en Madrid tras la muerte de Josefa Bayeu, que viajó con él a Burdeos junto con sus dos hijos pequeños, Guillermo y Rosario, también estaba emparentada con los Goicoechea, pues a la muerte de sus padres había vivido en Madrid con su tía Juana Galarza, que casó con Martín Miguel de Goicoechea, por lo que era prima de Manuela y de Gumersinda Goicoechea. Y es perfectamente factible que Goya y Leocadia pudieran haberse conocido en la boda de Gumersinda y Javier, que tuvo lugar en 1805.

La segunda inscripción, con moldura idéntica a la anterior, dice lo siguiente: “al mejor de los padres / EL AMOR FILIAL / ELEVA ESTE MONUMENTO / A LA MEMORIA / DE D. MARTIN MIGUEL / DE GOICOECHEA / DEL COMERCIO DE MADRID / NACIO EN ALSASUA / REYNO DE NAVARRA / EL 27 DE OCTUBRE DE 1755 / Y FALLECIO EN BURDEOS / EL 30 DE JUNIO DE 1825 / Rogad a dios por su alma”. Este texto nos permite saber que el primer ocupante de la tumba bordelesa fue precisamente Martín Miguel de Goicoechea, consuegro de Goya, que había fallecido en 1825, a quien sus hijos dedicaron el monumento.

Si seguimos rodeando el cenotafio, encontraremos una tercera inscripción donde se lee: “ICI FU INHUMÉ / LE 17 AVRIL 1828 / L'ILLUSTRE PEINTRE ESPAGNOL / FRANCISCO GOYA Y LUCIENTES / DONT LES CENDRES / ON ÉTÈ TRANSPORTÉES / LE 5 JUIN 1899”. Si nos fijamos bien, observamos que, a diferencia de las otras placas, que se adaptan en su curvatura a la forma cilíndrica, esta tiene un perfil recto, lo que claramente parece indicar que se colocó en sustitución de otra. Un cambio que habría tenido lugar en 1899. Pero ¿dónde está



la placa original y por qué se sustituyó por esta? ¿a qué se refiere con el traslado de las cenizas de Goya en 1899?

Para responder a estas preguntas, debemos viajar a Madrid, a la ermita de San Antonio de la Florida, lugar donde los restos de Goya alcanzaron su descanso definitivo el 29 de noviembre de 1919. Situada a orillas del río Manzanares, en origen se concibió como la capilla de una finca de recreo dedicada a san Antonio de Padua que se había levantado entre 1792 y 1798 en los terrenos de la llamada Quinta de la Florida por iniciativa del rey Carlos IV y con diseños del arquitecto boloñés Filippo Fontana.

El interior del templo había sido decorado por el propio Goya entre agosto y noviembre de ese último año respondiendo a un encargo real, el único de pintura mural que el artista recibió en toda su vida, con un programa iconográfico centrado en su titular. Allí, bajo esas fantásticas y rompedoras pinturas que transitan entre lo pintoresco y lo sublime, encajada en el centro de las escaleras del presbiterio, se encuentra la tumba del genio, señalada con una sencilla losa rectangular de granito gris diseñada por el arquitecto Antonio Flórez Urdapilleta sobre la que se dispusieron un crucifijo y unas letras de molde en bronce que rezan: “GOYA / NACIÓ EN FUENDETODOS 30 MARZO 1746 / MURIÓ EN BURDEOS 16 ABRIL 1828”. Sobre esa losa descansa otra, más pequeña y realizada en mármol blanco, rectangular en su perímetro pero de perfil convexo, con la siguiente inscripción latina grabada: “Hic jacet / Franciscus a Goya et Lucientes / Hispaniensis peritissimus pictor / Magnaque sui nominis / Celebritate notus / Decurso, probe, lumine vitae / Obiit XVI Kalendas Maii / Anno Domini / M.DCCC.XXVIII / AETATIS SUAE / LXXXV / R.I.P.” (*Aquí yace Francisco de Goya y Lucientes, pintor hispano de magnífica destreza, reconocido por la gran celebridad de su nombre una vez consumida, con honradez, la luz de su vida. Murió el 16 de abril del año de nuestro señor 1828 a la edad de 85 años. Descanse en paz*).

Es esta segunda placa la que inicialmente se colocó en el entonces monumento funerario del cementerio de Burdeos, pagada por Javier Goya, tras la muerte de Goya en la noche del 15 al 16 de abril, aunque parece ser que con bastante demora, pues en una carta de



13 de mayo Leocadia escribe con malestar a Leandro Fernández de Moratín: “aún no han escrito de Madrid ni está puesta la inscripción en el sepulcro”.

Y, aunque nada lo indica, los restos de Goya no reposan solos en ese enterramiento madrileño, que contiene también los de su consuegro, el comerciante Martín Miguel de Goicoechea, como ya lo habían hecho en el cementerio bordelés desde 1828 hasta 1899. En este último año ambos cuerpos fueron exhumados y traídos definitivamente a España, si bien la historia de la repatriación de los restos mortales de estos dos hombres es mucho más compleja y está trufada de anécdotas y de circunstancias curiosas, morbosas e incluso cómicas. Y aunque no podamos detenernos aquí en todo ello, merece recordar que, tras la muerte de Goya en su domicilio bordelés (el número 39 de Fossés de l'Intendance), los oficios fúnebres tuvieron lugar el 17 de abril en la iglesia de Nôtre Dame y a continuación se procedió al entierro, que en ese momento se consideró provisional (“de prestado”, como dice Laurent Mathéron en la primera monografía dedicada al pintor, publicada en París en 1858), pero que se prolongó más de lo esperado. Durante varias décadas sus restos permanecieron en el más absoluto olvido, y así estuvieron hasta la década de 1860, cuando observamos los primeros indicios del interés por el estado lamentable del enterramiento y por la conveniencia de trasladar a España los restos del artista, dentro de una campaña de repatriación de españoles célebres que se desarrolló especialmente en las últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del XX. Y es que recuperar los restos de esas glorias nacionales, considerados un patrimonio extrañado, era una forma testimonial y simbólica de despertar el “sentimiento patriótico” y de alimentar la autoestima de un país bien necesitado de ella en ese difícil momento histórico.

En Aragón, quien encabezó esa iniciativa fue Francisco Zapater y Gómez, sobrino-nieto del mejor amigo de Goya, Martín Zapater, quien con el apoyo de algunas instituciones zaragozanas (entre ellas la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País y la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis) pretendía que esos restos descansaran “en un sencillo y digno mausoleo” en la basílica del Pilar. Pero para este propósito, Zaragoza poco



pudo o supo hacer frente a la fuerte competencia de Madrid, como veremos.

En 1869 tuvo lugar un primer intento de exhumación, que resultó fallido por no haberse cumplido el plazo de 50 años del fallecimiento, y ese mismo año un mediocre autor de vodeviles, Eugène Duval, escribió al redactor del diario ilustrado *Le Bordelais* en estos amargos términos:

Nos que, hace ya algunos años, hemos estudiado y dado a conocer, uno de los primeros, en los teatros de París (antes que el Sr. Charles Yriarte), la gran figura de Goya, en nuestra comedia mixta en cinco actos: *Le Mâle de la Courtisane*, teníamos naturalmente el deseo de ver de cerca, esta mañana, y copiar las inscripciones de este mausoleo tan simple y tan fácil de encontrar. He aquí pues primeramente el epitafio de Goya... Y he aquí el del hospitalario padre de familia, que yo no sé qué irrespetuoso descuido ha arrancado y olvidado hoy en la hierba.

El asunto de la exhumación tuvo que esperar, pero se retomó con fuerza en la década de 1880, y finalmente el 16 de noviembre de 1888 tuvo lugar la apertura de la tumba, con la enorme sorpresa de que faltaba una de las cabezas, que se supuso era la de Goya, un obstáculo que volvió a paralizar el proceso. Los restos volvieron al panteón, donde permanecieron once años. Un panteón que en ese momento estaba en estado ruinoso, según sabemos por la correspondencia entre el cónsul español en Burdeos, Joaquín Pereira, y el embajador español en París, Manuel Silvela.

Finalmente, el 5 de junio de 1899 tuvo lugar la segunda exhumación de los dos cuerpos y su traslado a España, con destino Madrid. Unos días más tarde, el 16 de junio, el alcalde de Burdeos solicitó al cónsul la cesión de la placa del cenotafio alusiva a Goya, como recuerdo y homenaje de la ciudad. La placa se extrajo y permaneció guardada en el Musée Lapidaire de Burdeos, y en su lugar se colocó la que ahora vemos.

Ya en suelo español, inicialmente los restos de Goya y Goicoechea se depositaron en la cripta de la capilla parroquial de Nuestra Señora del Buen Consejo de la colegiata (y entonces catedral) de San Isidro el Real, para ser inhumados el 11 de mayo de 1900 en el Panteón de Hombres Ilustres de la sacra-



mental de San Isidro, junto con los restos de Donoso Cortés, Juan Meléndez Valdés y Leandro Fernández de Moratín. No obstante, poco a poco fue calando la idea de que el lugar idóneo para el reposo definitivo del cuerpo de Goya era la ermita de San Antonio de la Florida, transformada en parroquia en 1881 y desde 1905 Monumento Nacional, y finalmente la tarde del 28 de noviembre de 1919 el féretro fue nuevamente removido y exhumado –por tercera vez– de su panteón en la Sacramental. Según los artículos aparecidos en prensa, el ataúd fue “conducido a una de las capillas particulares del cementerio [la situada en el patio de San Andrés], precisamente junto al nicho que ocupa la duquesa de Alba y donde está también el de la familia del famoso artista”. Y a la mañana siguiente, en un día frío y lluvioso, las cajas con los restos de Goya y Goicoechea fueron trasladadas a San Antonio de la Florida e inhumadas en el presbiterio del templo (primero la de Goicoechea, en ceremonia más discreta, y luego la de Goya).

Y llegamos a la cuarta inscripción, donde leemos: “LA JUNTA DEL CENTENARIO / DE GOYA / QUE RECIBIO ESTE MAUSOLEO / DE LOS HEREDEROS / DE LA FAMILIA GOICOECHEA / Y DE LA MUNICIPALIDAD / DE BURDEOS / HACE DONACION DE EL / A LA INMORTAL / CIUDAD DE ZARAGOZA / XVI ABRIL DE MC-MXXVIII”. En 1927 la Junta del Centenario creada en Zaragoza para las celebraciones del primer centenario de la muerte del pintor había obtenido de los herederos de la familia Goicoechea y del Ayuntamiento de Burdeos el monumento de la tumba, que al año siguiente donó a la ciudad de Zaragoza, y para recordarlo se le añadió esta última inscripción.

El destino original del cenotafio fue el recién inaugurado Rincón de Goya, obra insigne del arquitecto Fernando García Mercadal, pionera del movimiento moderno y pieza clave para el estudio de la arquitectura racionalista en España. Y debió de ser en ese momento cuando se decidió sobreelevar y hacer algo más airoso el monumento, peraltando su parte superior y abriendo unos huecos rectangulares curvos en su perímetro que no estaban en origen, como demuestran las imágenes anteriores y posteriores al traslado.



En agradecimiento y a instancias de la Cámara de Comercio Española en Burdeos, que actuó en nombre de la colonia española, el Ayuntamiento zaragozano pagó un nuevo cenotafio para el camposanto bordelés, obra del arquitecto Justin Tussau y de escultor Jean-Elie Chaveron, que costó diez mil francos y fue inaugurado el 10 de junio de 1928; para su ubicación, la familia del banquero Jacques Galos cedió parte del terreno que poseían en el cementerio, a escasos metros de los del pintor que le retrató, donde habían sido inhumados sus restos.

En ese mismo año 1928, se decidió construir un templo gemelo de la ermita de San Antonio de la Florida, para destinarlo al culto y poder así dedicar el original, sin los problemas de conservación generados por el uso cultural, a la función exclusiva de museo y panteón.

Y, siguiendo el orden cronológico de los acontecimientos, en junio de 1929 la placa curva que había permanecido desde 1899 en el Musée Lapidaire de Burdeos, fue cedida por el Ayuntamiento de esa ciudad a la Academia de San Fernando (encargada de la custodia de la ermita de San Antonio de la Florida desde 1925) y se incorporó a la tumba, como recuerdo del primer enterramiento en suelo francés. Esa inscripción latina había sido redactada por un amigo del artista, José Pío de Molina, exiliado en Francia por haber sido el primer alcalde constitucional de Madrid durante el Trienio Liberal, que además vivía en el mismo inmueble que Goya y estuvo con él en sus últimos momentos. Pío de Molina hizo gala de su conocimiento de la epigrafía clásica y del calendario romano, aunque erró al señalar como edad de la muerte los ochenta y cinco años. Un error, por cierto, que también figuró en el acta oficial de defunción, en la anotación parroquial del libro de difuntos y, al parecer —aunque no hemos podido comprobarlo—, en la inscripción que figura en un papel pegado a la trasera del lienzo del retrato de Pío de Molina (Suiza, col. part.) atribuido con bastantes dudas a Goya.

Con el cambio de uso del Rincón de Goya, que desde 1939 se había cedido a Falange Española y luego pasó a ser sede de la Escuela de Mandos de la Sección Femenina de FET y de las JONS en 1946, el monumento se trasladó a la plaza del Pilar, donde permanece desde entonces, esperando que zaragozanos y forasteros se acerquen a él para contarles su historia.



BIBLIOGRAFÍA

ALMOINA, José, *La póstuma peripecia de Goya*, México, Imprenta Universitaria, 1949.

DORADO FERNÁNDEZ, Carlos (dir.), *El póstumo disparate de Goya: la odisea de sus restos mortales*, col. "Testimonios de prensa" n.º 1, Madrid, Hemeroteca Municipal, 2001 (ed. digital 2016).
Disponible en línea: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc0k4b9>.

FAUQUE, Jacques y VILLANUEVA ETCHEVERRÍA, Ramón, *Goya y Burdeos*, Zaragoza, Ed. Oroel, 1982.

GAYA NUÑO, Juan A., *La espeluznante historia de la calavera de Goya*, Roma, Edizioni dell'Elefante, 1966.

LOZANO LÓPEZ, Juan Carlos, "La memoria de Goya en Aragón (1828-1978), a golpe de efemérides", en Lozano López, Juan Carlos (dir. cient.), *La memoria de Goya (1828-1978)*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2008, pp. 47-135.

LOZANO LÓPEZ, Juan Carlos, *La cabeza de Goya, ¿un enigma sin solución?*, Publicaciones de La Cadiera núm. 652, Zaragoza, La Cadiera, 2020.

NÚÑEZ DE ARENAS Y DE LA ESCOSURA, Manuel, "Manejo de noticias: la suerte de Goya en Francia", *Bulletin Hispanique*, t. 52, n.º 3, 1950, pp. 229-273.



Mausoleo de Francisco de Goya en Burdeos.
Antonio de Brugada Vila



Cenotafio de Goya en Zaragoza



3

COLECCIÓN CONFERENCIAS
CICLO
“GOYA Y ZARAGOZA”



REAL ACADEMIA DE
NOBLES Y BELLAS ARTES
DE SAN LUIS



Zaragoza
AYUNTAMIENTO